



SEVERINI.
BIBLIOTECA MUNICIPAL

EDICION DE LUJO.

Dos reales

AL RECIBIR EL NÚMERO.

DIRECTORA,

LA BARONESA DE WILSON.

EDITORES PROPIETARIOS,

J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

MADRID
EDICION ECONOMICA.

Un real

AL RECIBIR EL NÚMERO.

Año I.

Madrid 21 de Octubre de 1871.

Núm 3.º

SUMARIO.

Advertencia.—Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—La viuda del cesante, por Fernan Caballero.—A una niña ambiciosa, por Leopoldo Augusto de Cusio.—Ferias de Madrid, por Hinauova.—El libro del corazon, por D. Ramon Ortega y Frias.—Revista de teatros, por el marqués de San Eloy.—Modelo de espejo.—Explicacion de los grabados.—Variedades.

ADVERTENCIA.

Agradecidos en extremo al favor que el público nos ha dispensado, y en vista de la inmensa cuanto inesperada suscripcion que ha obtenido nuestro periódico, hemos hecho alguna rebaja en los patrones, como verán nuestras lectoras en la tarifa, prefiriendo dárselos cortados y con todas las explicaciones, segun el deseo manifestado por la mayoría de las señoras suscriptoras, que miran como una gran dificultad esa confusion de líneas y de números que encierran las hojas de patrones, siendo mucho más cómodo pedir aquel que les sea necesario; y advertimos que al solicitarlos, tengan la bondad de indicar cuando sean para jovencitas, señoras casadas ó ancianas, á fin de no enviarles modelos que pudieran no ser á propósito.

REVISTA DE MODAS Y LABORES.

I.

Las creaciones para la estacion de otoño y entrada de invierno prometen tener gran éxito, pues son lindísimas y variadas en extremo, y sobre todo nos halaga verdaderamente haber admirado la preciosa coleccion de lanas, desde el precio más módico hasta el más elevado, en los mismos colores y tejidos, únicamente diferenciándose en que sean más ó menos finas.

Las telas escocesas reinarán por completo para trajes de diario, alternando con el saten, paño, reps y Biarritz. Los modelos de lujo se adoptan á las telas modestas, y por ejemplo, un vestido escocés, de siete reales la vara, se le guarnece con trencillas negras, con bieses y volantes, en lugar de terciopelo ó glase.

El gro imperial, el terciopelo real, el raso y la seda y lana, son para trajes de paseo ó visita, y los poplines de lana con fleco y cenefa, serán el traje elegante de invierno: las hay grises con cenefa y fleco café, mezclilla blanca y negra con cenefa y fleco negro, verde bronce y gris con cenefa gris, azul y negro con fleco azul.

Nuestro modelo de siete figuras en negro, del primer número, ha producido abrigos lindísimos; pero debemos ocuparnos de uno, indispensable para aquellas personas que se ven obligadas á viajar ó á transitar por la calle en días de lluvia.

Al hablar de los impermeables, aconsejaremos hacerlos sencillos, pues no siendo sino un abrigo para la humedad, no debe tener pretensiones: su forma varía poco de los años anteriores, y siempre aparecerá como un largo paletó, con

mangas semi-anchas, una esclavina bastante grande y algunos con capucha.

Las chaquetitas continuarán su reinado, y hemos visto una preciosa, que formaba como un gabancito corto ajustado. Era de paño azul, con largas aldetas rectas abiertas, y guarnecida con dos cintas estrechas de terciopelo, y el mismo adorno en el escote de corazón y en las mangas: cinturón y lazo de terciopelo. A esta chaquetita acompañaba un vestido de satén gris, adornado sencillamente con tres volantes, pero sólo en el delantero, y que formaba ondas en cada extremo, sujetas con una escarapela de la misma tela: el sombrero era de castor, adornado con cinta azul ancha, de la cual tenía un gran lazo, y caídas. Puedo asegurar á mis bellas lectoras, que este traje, sobre todo para jovencitas, es encantador.

Bellísimo, elegante y distinguido es otro modelo para señora joven, y que reúne la sencillez al buen gusto. La primera falda es de seda color habana muy claro, dos volantes fruncidos la adornan, bordeados con glasé color habana más oscuro, y de estos mismos tienen dos cabecillas rizadas.

La segunda falda es muy graciosa, y de novedad; está abierta por detrás, cruzada y guarnecida con un volante y un doble rizado, que forma en los costados como dos solapas cruzadas; esta sobrefalda es muy larga por detrás y corta y redonda por delante. La chaquetilla tiene aldetas cuadradas, y el adorno forma berta en punta; sombrero marrón claro muy alto de copa, con el ala vuelta y adornado con terciopelo y plumas color habana.

Como debemos ocuparnos tanto de trajes sencillos como de lujo, describiremos uno propio para salón, y que solo puede usarse en carruaje, ó sobre alfombra de terciopelo.

La primera falda es de gro azul, de cola, con pirámides bordadas al pasado con seda negra; sobrefalda muy larga color gris perla formando *puff* por detrás, y con un ancho encaje al borde; esta sobrefalda concluye en los costados; chaqueta sin aldetas por detrás y formando gaban por delante recto, y bordados los extremos, así como los hombros y vuelta de la manga, que es de codo. Larga castaña de tirabuzones; un lazo azul colocado con gracia en la diadema, adorna el lado izquierdo.

II.

Como hemos recibido preciosos modelos y dibujos para labores, muchos de ellos á propósito para cuellos, mangas, gorritas, camisas, chambras y demás, dedicaremos en nuestra próxima revista una parte de ella á estos objetos, tan útiles como agradables para las señoras; entre estos descuella por su particular distinción, un cuello de punto inglés para vestido abierto, con puño igual, y cuyos preciosos arabescos son una verdadera y elegante creación; dibujos que probablemente no tardaremos en ofrecer á nuestras lectoras, no en el texto, pues en ese caso ocuparían demasiado espacio, privándolas de la lectura, sino aparte y como regalo.

Las lindísimas estrellas de crochet que forman lujosos canesús, formados con cuadros finísimos bordados al pasado, y arenilla y los centros de crochet; estas camisas cierran en el hombro, formando de ambos lados como dos solapitas cruzadas, que figuran la manga.

Un juego hemos visto que se componía de enagua, pantalón, camisa y chambrá de la misma clase y modelo, con la sola diferencia que un volante ancho rizado adornaba el borde de la enagua, y á la cabeza de él estaba formado el entredós con estrellas bordadas y de crochet, lo mismo que se repite en el pantalón; puede hacerse bata-peinador, igual al resto.

Como en el invierno es preciso abrigar á los niños, aconsejamos que las niñas ya de ocho á diez años, ocuparan sus veladas en hacer esas lindas medecitas de punto de aguja con estambre alemán, ya encarnadas, gris ó blancas y violeta; este año se usarán mucho imitando las bandas escocesas, y nada más propio para entretener el ocio en las noches de invierno, así como en hacer chaquetitas marineras de crochet; puntillas de este mismo para blusas de punto, adornos y arandelas de lámparas, de todo lo que hablaremos extensamente, pues la educación en general será objeto de especial cuidado para nosotros; las niñas más tarde serán buenas

madres, excelentes esposas, y nos será doblemente grato que nuestros consejos hayan podido influir, para formar sus corazones.

La Baronesa de Wilson.

LA VIUDA DEL CESANTE,

POR FERNAN CABAILLERO.

(Continuación.)

—Voy, señor,—repuso el cura.—Rosalía, tráeme mi canoa y mi manteo. Pero, señor, ¿me explicará usted la causa de un silencio de diez años?

—Todo se explicará; pero ahora, por Dios, diga usted á mi madre que su hijo está aquí y ansía por abrazarla.

El cura se encaminó presuroso hácia la miserable casa y triste covacha, en que habitaba la pobre viuda.

—Señora,—la dijo despues de saludarla,—siempre he dicho á usted que nunca se deben perder las esperanzas; son el báculo que nos ayuda á subir la cuesta de la vida, que tan ágría y árida es para algunos.

—¿Qué esperanzas no se apuran en diez años, señor cura?—contestó la pobre viuda.

—Pues pasados esos diez años pueden realizarse, y sepa usted que ha llegado una persona de Lima que dice haber conocido allí á su hijo de usted, el que quedaba en dicho punto á su salida.

Un temblor convulsivo se apoderó de la débil y padecida señora al oír aquellas palabras; quiso hablar, pero las palabras quedaron ahogadas en su garganta; una lívida palidez se extendió sobre su rostro.

El cura llamó á la buena vecina Josefa para que trajese agua, y vuelta un poco en sí mediante estos auxilios, la pobre viuda pudo preguntar al cura con voz trémula:

—El que trae esas noticias, ¿hace mucho que ha llegado? ¿Dónde le habeis visto? ¿O está en el pueblo?

—No, no está en el pueblo,—respondió el cura, asustado, convulso, al ver el estado de la viuda.

—¡Oh! señor cura! ¿por qué no me avisó usted para que yo lo hubiese visto y hablado?

—Porque ha de volver mañana por una fe de bautismo que le tendré buscada; mientras tanto, tranquilícese usted y dé gracias á Dios por esta inesperada merced, debida seguramente á la intercesión de su santa Madre de la Esperanza, que tanto ha invocado.

—Señor,—dijo el cura á Adrian cuando regresó á su casa,—el anuncio solamente de que vive usted y está en Lima, ha puesto á su madre en tal estado de excitación, que hace imposible causarla más emociones hasta que se haya salvado. Su madre de usted ha padecido mucho, está muy destruida, muy débil, y no puede pasar del extremo del dolor al colmo de la alegría sin grandes precauciones; es necesario aguardar hasta mañana para que usted la vea. Siento muchísimo no poder ofrecer á usted hospedaje; mi casa, como usted ve, la componen sólo esta mi habitación con una alcoba, en la que estrechamente cabe el mal catre de tijera en que duermo, y enfrente, separado por el callejón de entrada que comunica con el corral, está la cocina y otra piecicita en que duerme mi sobrina. Mi cena consiste en unas sopas de aceite y chocolate, y aunque es mala, mucho celebraría nos acompañase á tomarla.

El joven dió las gracias y se retiró al mesón. Poco ó nada durmió, y á la mañana siguiente se fué á casa del cura, que había salido ya para ofrecer el santo sacrificio de la misa en la iglesia; allí fué Adrian á buscarlo, y cuando hubo concluido el cura con los deberes de su santo ministerio, se unió á él, y al atravesar la iglesia y pasar ante el altar de la Virgen de la Esperanza, mirándola le dijo:

—Esta Señora es la que me introdujo con su madre de usted.

El cura se dirigió á su casa.

—¡Oh, señor cura!—exclamó Adrian.—Suplico á usted no me impida por más tiempo el ir á abrazar á mi madre.

—Esto no puede ser.

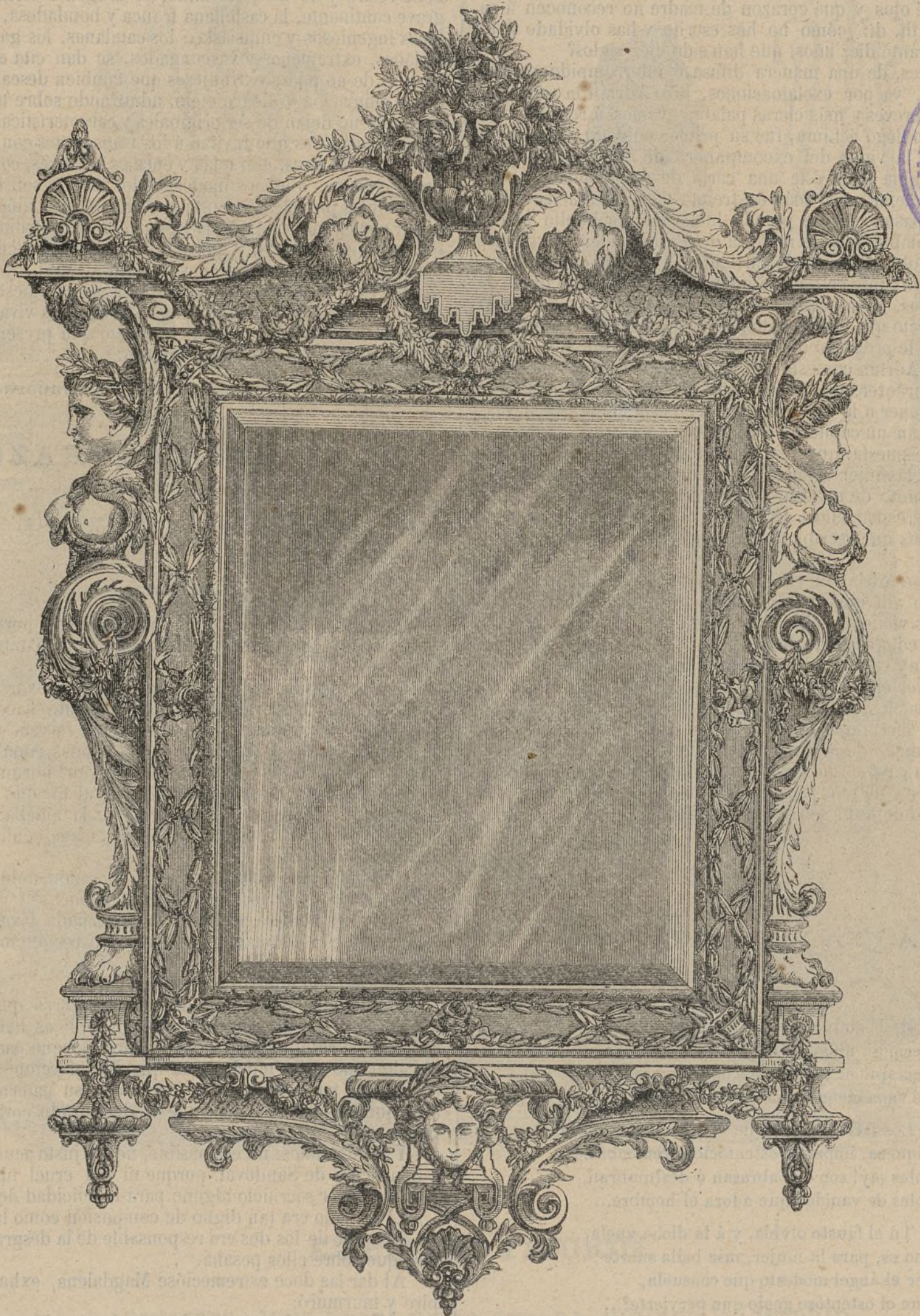
—Usted le ha dicho que hoy viene la persona que me ha

visto en Lima; esa persona seré yo: he variado tanto en diez años, que mi madre no me reconocerá si yo no me doy á conocer.

—Pues ya que usted lo exige, vamos,—respondió el cura;—pero por Dios le suplico que sea prudente.

—Señora,—dijo el cura al entrar en el lóbrego chiribitil de la pobre viuda,—aquí tiene usted al caballero que ha llegado de Lima.

—¿Y mi hijo, vive?—exclamó la madre, levantándose para ir al encuentro del forastero; pero apenas fijó en él sus an-



siosas miradas, cuando dió un grito agudo, vaciló y cayó en brazos de Adrian, que corrió á sostenerla.

Habia perdido completamente el conocimiento.

El cura mandó á una de las vecinas que corriese á avisar á su sobrina, y cuando la viuda, gracias á los auxilios que le fueron prodigados, abrió los ojos, los fijó lentamente en los

que la rodeaban, que eran la buena vecina Josefa, que la sostenía la cabeza apoyada en su pecho; Rosalía, que de rodillas le presentaba un pañuelo empapado en vinagre; al otro lado, de rodillas también, su hijo, que cubría de besos y de lágrimas una de sus manos, y al frente el cura echándola aire con el sombrero de paja que traía Adrian. Apenas comprendió lo

sucedido, cuando el exceso de su dicha la hizo desvanecerse de nuevo.

—Esto me temía yo; ¡está tan débil!—dijo el cura.

—¡Hijo de mi alma!—exclamó, volviendo en sí la viuda, arrojándose en los brazos de Adrian.

—Yo pensé, madre mía, que no me hubiésteis reconocido; ¡estoy tan mudado!

—¿Qué ojos y qué corazón de madre no reconocen á su hijo? Pero dí, di: ¿cómo no has escrito y has olvidado á tu madre durante diez años, que han sido diez siglos?

Entonces, de una manera difusa é interrumpido ya por preguntas, ya por exclamaciones, hizo Adrian la relación, la que en breves y más claras palabras vamos á resumir.

Cuando llegó á Lima, fué su primer cuidado presentarse en casa de la viuda del excompañero de don Andrés, para quien le había dado éste una carta de recomendación. La viuda, que tenía poco más de treinta años y carácter vehemente y apasionado, se prendó luego de aquel bello joven, que tan notables elogios merecía del excompañero de su marido, é hizo su secretario particular; habiendo cumplido este cargo con tanto celo como inteligencia, lo puso al frente de sus negocios. Viendo que Adrian no correspondía á las muestras de afecto que ella le daba, y que permanecía triste y metido en sí, le preguntó un día cuáles eran sus miras y sus esperanzas. Adrian contestó con la verdad y naturalidad de su cándido carácter, que eran las de poder ganar lo suficiente para mantener á la que más amaba en este mundo, á su madre, y reunir un capitalito para volver á su lado.

Esta respuesta, que aniquilaba todas sus esperanzas, desesperó á la mujer violenta y apasionada y exasperó su pasión, al punto de mandar secretamente que se le entregase toda la correspondencia de Adrian, y así las cartas que recibía como las que escribía Adrian, fueron por ella arrojadas al fuego.

Afligíase Adrian de no tener noticias de su madre, cuando se supo allí que el cólera hacía estragos en Cádiz y que una de sus víctimas había sido don Andrés. Con este motivo, un amigo complaciente de la viuda le dió á entender de una manera muy clara que su madre también lo había sido. La viuda, al ver el vivo dolor de Adrian, le prestó los más cariñosos consuelos, y él, agradecido y tan aislado en el mundo, admitió la oferta de su mano, que le hizo el consabido complaciente amigo de la apasionada viuda.

Adrian cayó desde entonces bajo el doble despotismo de un carácter y de una pasión indómitos, que sólo su templada y suave índole hubiesen podido tolerar.

(Se continuará.)

Á UNA NIÑA AMBICIOSA

Balada.

De la ambición el sueño no te ofusque,
hermosa niña, en tu gentil camino:
deja que el hombre los delirios busque
de vana ciencia ó de poder mezquino.

Los falsos bienes que al mortal encumbran,
riqueza, imperio, ostentación, renombre,
soles ¡ay! son que abrasan ó deslumbran,
soles de vanidad que adora el hombre...

Tú el fausto olvida, y á la dicha vuela,
¿no es, para la mujer, más bella suerte
ser el ángel modesto que consuela,
que el ostentoso genio que pervierte?...

Cual sigue al viento la esplendente nube,
sigue de fe y de amor la hermosa llama,
si el mundo dice al hombre: *lucha y sube*,
Dios dice á la mujer: *bendice y ama*.

Leopoldo Augusto de Cueto.

FERIAS DE MADRID.

Animadísimo es en la corte de España el mes de Setiembre, y difícilmente podrá verse más variedad de tipos en ninguna de las capitales de Europa: la graciosa valenciana de bello rostro y de modesto aliño, el aragonés honrado y de grave continente, la castellana franca y bondadosa, los andaluces ingeniosos y entusiastas; los catalanes, los gallegos, asturianos, extremeños y vascongados, se dan cita en Madrid, además de no pocos extranjeros que también desean disfrutar de su animación y alegre cielo, admirando sobre todo las ferias, que no dejan de ser originales y características: los múltiples vendedores que invitan á los transeúntes con sus sabrosas frutas los unos, con telas y encajes los otros, con multitud de objetos más ó menos modernos los más, y sobre todo con baratísimos juguetes, encanto y alegría de los niños que circulan por el paseo de Atocha, poniendo á contribución á los complacientes padres, y gozando con infantil sencillez á cada paso que les presenta un nuevo objeto.

Tal es el animado cuadro que representa nuestro grabado, y á cuya descripción es imposible darle la viva y risueña originalidad que encierra, ni el aspecto que presenta el pueblo de Madrid en esta época del año.

Hinnova.

EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuación.)

La hija de don Pedro se consideró tan horriblemente desgraciada, que para su desgracia no encontró comparación.

Al severo padre le pareció conveniente apoyar las pretensiones del nuevo adorador de su hija, y para hacerlo así tenía el anciano razones que no carecían de fuerza.

Entre el padre y la hija se entabló, pues, una lucha, cuyo término fué el peor para la infeliz joven, porque colocada en la alternativa más espantosa, tuvo al fin que acceder y decidirse á ser esposa del hombre que la amaba; tuvo que decidirse á fingir, á engañar al que tan ciega confianza había depositado en ella.

¿Hay algo más horrible para un corazón noble, para un alma elevada y pura como la de Magdalena?

Mil veces hubiera preferido la desdichada joven morir, y comparado con lo que entonces sufrió, parecióle muy poco lo que antes había sufrido.

Y el momento terrible se acercaba.

Y no le quedaba á Magdalena otro recurso que el de las súplicas y el llanto; pero ni llanto ni súplicas habían hecho cambiar de resolución al severo padre, porque para éste había algo que valía mucho más que sus afecciones, algo que en su alma tenía mucha más fuerza que su paternal ternura, algo que estimaba en más que el destrozado corazón de su pobre hija.

Y lo repetimos: no era posible, no era justo acusar de cruel á don Pedro de Sandoval, porque ni era cruel ni había dejado de hacer sacrificio alguno para la felicidad de su hija.

El anciano era tan digno de compasión como la joven.

Ninguno de los dos era responsable de la desgracia espantosa que sobre ellos pesaba.

Al dar las doce estremecióse Magdalena, exhaló un suspiro y murmuró:

—No hay nada más cruel, más implacable que el tiempo... ¡El tiempo siempre pasa!... ¡El plazo se abrevia, y se cumplirá!... ¡Dios mío!...

Llevó las manos á su pecho y se lo oprimió fuertemente, porque su corazón empezaba á latir con desigual violencia.

Se abrió una puerta, en cuyo oscuro fondo se dibujó la severa figura de don Pedro de Sandoval.

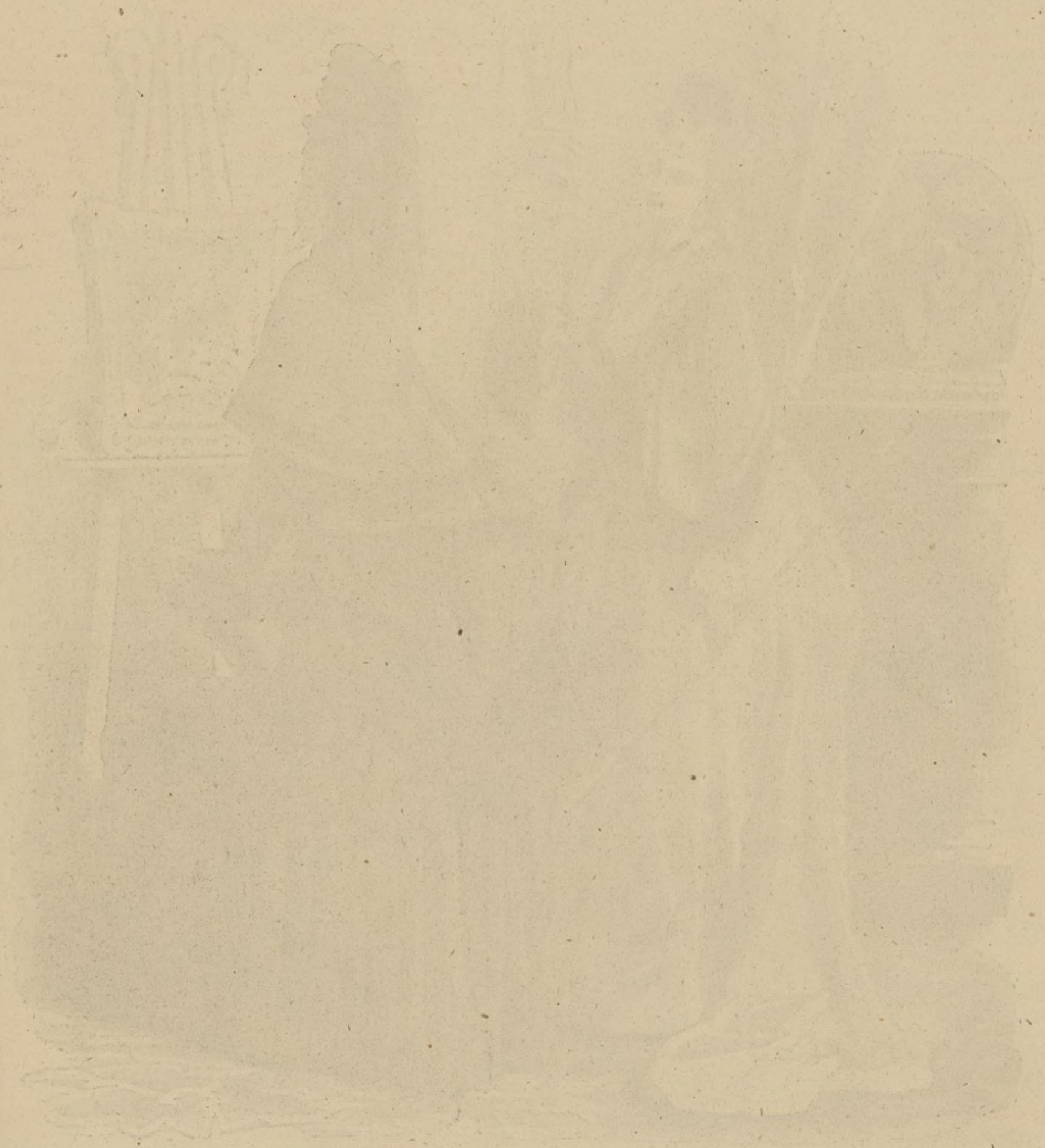
También el rostro del anciano estaba cubierto de cadavé-



EL ÚLTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: PLAZA DE LA CEBADA, NÚMERO 11.—MADRID.

el 04 71



rica palidez, y su noble y despejada frente veíase contraída.

Dolor intenso revelaban sus ojos, cuyo brillo había sido apagado por el tiempo, y tal vez por las lágrimas.

Su cabeza, coronada de blancos cabellos, inclinábase como agobiada por el peso enorme de sus sufrimientos.

Inmóvil quedó por algunos minutos, y con tanta ternura como dolor, fijó su débil mirada en la encantadora joven.

Por última vez iban á hablar de sus desgracias aquellas

dos criaturas, por última vez iba Magdalena á suplicar, y una vez más tendría el anciano que ahogar los sentimientos de su paternal cariño y destrozar su corazón para mostrarse inflexible.

Volvió Magdalena los ojos, vió á su padre, exhaló un grito, y se puso en pie.

Don Pedro adelantó con paso inseguro y lento.

—¡Padre mío!—exclamó la joven.



—Siéntate, hija mía,—dijo el anciano con voz ahogada.

II.

Cuanto más se siente ménos se habla, porque no hay frases para dar á conocer ciertos sentimientos.

Aquellas dos criaturas, contemplándose y callando, expresaban más con su silencio que con sus palabras.

Se comprendían perfectamente; pero necesitaban entrar

en explicaciones sobre su horrible situación, porque así lo exigían las circunstancias, porque era preciso para que sus conciencias quedasen tranquilas.

Don Pedro de Sandoval había recibido la más severa educación, y en su alma habían inculcado el principio de que la honra es antes que todo, y que no hay nada respetable, nada que tenga valor alguno cuando de la honra se trata.

Sobre este punto, el señor de Sandoval había ido hasta la exageración, y como la exageración es siempre el extravío,

llegó un día en que, extraviado, la misma severidad de sus principios dió el resultado más funesto.

¿Qué misterio había en la historia de aquella honrada familia?

Vamos á darlo á conocer muy pronto, pues lo mismo el padre que la hija debían hablar con la mayor franqueza.

—Magdalena,—dijo por fin el anciano con voz que revelaba su dolorosa emoción,—escúchame, por si aún logro convencerte de que te amo con una ternura que á nada puede compararse.

—¡Padre mio!—exclamó la joven con voz ahogada, mientras un raudal de lágrimas abrasadoras brotaba de sus magníficos ojos.

Dejóse caer de rodillas, cogió entre las suyas, convulsas y ardorosas, las manos descarnadas del anciano, y las besó muchas veces.

—Levanta, hija mia, levanta...

—No, padre mio, no.

—Es preciso que me escuches.

—En nombre de lo que más ameís, por la memoria de mi virtuosa madre, que desde el cielo nos contempla.

—¡Tu madre!—murmuró don Pedro, esforzándose para desasirse de su hija.—¡Mi esposa, la santa mujer, el ángel que tan dichoso me hizo!... ¡Ah!...

—No me obligueis á cometer un crimen...

—Basta, Magdalena, basta,—interrumpió el anciano.

Y se puso en pié, empezando á pasearse por la habitación.

La infeliz Magdalena volvió á dejarse caer en la silla, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

Don Pedro, en tanto que con desiguales pasos recorría la habitación, murmuraba:

—El hombre tiene momentos de debilidad, momentos fatales... No, no cederé... ¡Y mi honor, el honor de mi familia?... Antes que todo es el honor... Al honor y á los deberes sacrificó don Alonso Perez de Guzman á su hijo, por el honor han sacrificado la vida muchas nobles criaturas... No, no, tendré que destrozarme el corazón; pero es preciso: así lo quiere mi desdicha. ¡Dios mio, Dios mio!...

Y el infeliz anciano elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora.

Lo que él creía sus deberes, sus sentimientos de honradez exagerada, sostenían en su espíritu una lucha tenaz y espantosa con su ternura paternal.

También Magdalena luchaba entre su filial amor y su deber.

Se oprimió don Pedro las sienes, se limpió los ojos y volvió á sentarse.

—Hablemos con calma,—dijo;—así lo quiero, así es preciso, porque de otro modo sufriremos mucho más, sin conseguir ninguna ventaja en nuestra situación.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

No hay población tan agradable como Madrid en el otoño. A algunos días desapacibles sucedió la temperatura que le es propia, y con ella una animación indescriptible.

Hay algo en esta temperatura mucho más suave, más atractivo que en aquellas bocanadas de la primavera, saturadas con el perfume de las lilas. Estas son el prefacio de la pasión, del fuego, de la vida; su voluptuoso encanto oculta la erupción de un volcán. Aquella, por el contrario, refleja la calma tranquila de un espíritu que ha cruzado por la borrasca del mundo sin estropear su conciencia.

Es, pues, á tan agradable impresión, más que á sus diversiones y á sus ferias, á lo que se debe la gran afluencia de forasteros que se nota en Madrid en tal época del año, y esta aglomeración es á la vez la que explica cómo abundando las gentes en tiendas y calles, los teatros vean ocupadas, con corta excepción, sus localidades.

Y en verdad que no son pocos los que existen, sin contar con los cafés, donde por el módico valor de una copa de aguardiente se pueden recrear los sentidos con una, dos, y hasta tres producciones dramáticas, cómicas ó cómico-líricas, que de todo hay, para satisfacer todos los gustos.

Dejemos, sin embargo, lo que no es de nuestra competencia.

Como anunciamos en la revista anterior, los dos polos del arte, ó lo que es lo mismo, el arte y su parodia, han abierto sus puertas: la Opera con *L'Hebreu*, los Bufos con *Robinson*.

Nada diremos de esta última producción, bien conocida ya del público de Madrid, y nos limitaremos á consignar que los aficionados á este género de espectáculos pasaron un rato divertido.

El teatro de la Opera merece que le dediquemos alguna más atención.

Al anunciarse los artistas que habían de actuar en él, hubo en cierto círculo de aficionados grande alharaca, porque no se presentaban los nombres de las primeras notabilidades del mundo artístico, y por creer que la compañía no era digna de un teatro de la importancia del nuestro. El disgusto no paró en alharaca, sino que llegó hasta á amenazar con repetidos anónimos á la empresa. Muchos creyeron que la noche de la inauguración prepararían algún escándalo; y en efecto, conatos hubo; pero tanto á los turbulentos como á los aplaudidores de oficio, vulgo *alabarderos*, los tuvo á raya la sensatez y la actitud digna del público madrileño que frecuenta el coliseo de la Plaza de Oriente. Juez á menudo severo, siempre imparcial y por lo común indulgente con los artistas que por primera vez se le presentan, hasta que viéndoles en distintas obras forma por completo su juicio, escuchó atentamente la partitura del inmortal Halevy, aplaudiendo donde hubo motivo para aplaudir y guardando en las demás ocasiones significativo silencio.

Sirvamos de intérprete á su juicio.

L'Hebreu, libro escrito en francés con el título de *La Judía*, y traducido después al italiano, es una buena tragedia, bien susceptible de inflamar la inspiración de Halevy: así es que abundan en esta ópera las bellezas de primer orden. Sin embargo, sea porque su exceso de ornato, atrayendo la vista distraiga el sentimiento, sea porque los cuadros, frecuentemente recargados de figuras, dividan la atención, ó sea por otra causa para cuya determinación no somos bastante competentes, es lo cierto que *L'Hebreu* no se ha popularizado, y que, si después de oírlo queda algo en el corazón y en la memoria, se borra pronto.

Juegan en el asunto las pasiones más vehementes: el amor, los celos, la venganza.

Raquel es una joven de extraordinaria belleza, hija del judío Lázaro.

El príncipe Leopoldo, general de las tropas del emperador Segismundo, y casado con Eudoxia, sobrina de éste, se ha enamorado tan vivamente de Raquel, que fingiéndose israelita como ella, libre y de humilde condición, ha conseguido por fin inspirarla un amor superior al suyo.

Por aquel tiempo se habían reunido en Constanza, con objeto de celebrar las victorias del emperador y proveer á la vacante de la silla pontifical, la corte de Segismundo, su ejército y el cónclave cardenalicio, del cual forma parte el cardenal de Brogny, hombre de gran valer por sus talentos y por su fuerza de carácter.

Un accidente fortuito instruye á Raquel de quién es su amante y cuál es su posición y su estado; pero las circunstancias que acompañan á este descubrimiento, introduciendo en su alma unos celos desesperados, la impulsan, loca furiosamente, á denunciar á Leopoldo como perpetrador de un delito en el cual se declara cómplice. Este delito no es otro que sus relaciones amorosas.

En aquel tiempo, las pasiones religiosas, sumamente exaltadas, consideraban estas relaciones entre un cristiano y una judía como un crimen abominable y digno del último castigo.

Toda la corte se escandalizó, la confusión se apoderó de todos, y la Inquisición tomó cartas en el asunto; el cardenal de Brogny, se constituyó en acusador inexorable, y como siempre sucede y ha sucedido, la saga se rompió por lo más delgado.

Raquel y Lázaro fueron condenados á las llamas.

Lázaro, al conocer su sentencia, ha conocido también á su acusador y juez, del cual se propone tomar la más horrible de las venganzas.

Cuando ya se están terminando los preparativos del suplicio, Lázaro recuerda al cardenal de Brogny una hija que tuvo, y que éste creía muerta en un incendio ocurrido en Roma durante una noche de saqueo. Esta hija había sido salvada por Lázaro.

Semejante revelación despierta en el corazón del padre todos los sentimientos de ternura en él adormecidos, y suplica á Lázaro que se la entregue ó le diga dónde está; pero el judío, implacable en su venganza, enmudece.

De Brogny, vuelve á suplicar, se humilla, ofrece... Y Lázaro calla hasta el momento en que Raquel va á precipitarse en la hoguera: —«¡Esa es tu hija!—le dice entonces, señalándose la;—yo la recogí, la prohibí y la eduqué en mi religión.»

El sacrificio se ha cumplido; *de Brogny* ha condenado á la muerte á su propia hija. Lázaro goza con el dolor, la desesperación y las lágrimas de su perseguidor encarnizado, corriendo despues á la hoguera satisfecho de su venganza.

El cuadro se completa con la alegría del inmenso pueblo que presencia aquel *auto de fe*.

Como se ve, las situaciones patéticas no faltan. La escena

ha sido puesta con gran lujo, y á pesar de los cortes y omisiones que la necesidad ha obligado á hacer, puede decirse que *L'Ebreu* ha sido bastante bien recibida del público, quien á pesar de la reserva que le imponían las circunstancias, aplaudió repetidas veces con justicia, en especial á la señora Urban, que desempeñaba el papel de Raquel.

La señora Urban, segun los inteligentes, posee una voz de



mezzo-soprano, clara y de buen timbre. Canta con gran corrección y sentimiento, y se tiene por seguro que mientras más se la oiga, más simpatías adquirirá.

El bajo señor Capponi y el tenor señor Pazzo, han agradado también, aunque se nota en este último que no puede hacer lo que quisiera.

Los coros han dejado satisfechos á los aficionados; pero sentimos que la dirección de la orquesta no haya producido la misma satisfacción.

En las obras sucesivas tendremos ocasión de rectificar ó insistir en nuestros juicios. La primera que se anuncia es el *Fausto*.

Los demás teatros siguen haciendo laudables esfuerzos para complacer á sus favorecedores; pero es preciso confesar que son bien recompensados.

En el Español continúan las representaciones de *La Beltraneja*; para cuando concluya, se anuncian dos nuevas producciones del indispensable Eusebio Blasco.

En Jovellanos se han estrenado dos zarzuelas en un acto. La primera, titulada *Don Pacífico*, es original de D. Antonio María Segovia, y la segunda *El hombre es débil*, arreglo de arreglos naufragados, se debe á la pluma del Sr. Pina. La música de ambas es del Sr. Barbieri. No las hemos visto, pero nos dicen que entretienen agradablemente. Suponemos que la música del distinguido compositor sea lo mejor de ellas.

La Alhambra murió según nuestras profecías. Actualmente parece que anda en tratos para ocuparlo una compañía italiana. A pesar del mérito que se le atribuye, no le auguramos gran éxito; el teatro de la calle de la Libertad tiene desgracia.

El Circo ha ido viviendo con *Dulces cadenas* y alguna otra del repertorio conocido. Dicen que esta calma es precursora de una brillante novedad.

Y ya que hablamos del teatro del Sr. Catalina, no pasaremos adelante sin criticar tan duramente como se merece al Sr. Blasco, caso de ser cierta la especie que hemos leído.

Dice un periódico que el Sr. Blasco ha prohibido á la empresa del Circo la representación de su comedia *El pañuelo blanco*.

El Sr. Blasco usaria de un derecho, que nadie podría censurarle, si tal prohibición no recayera sobre los actores que han dado vida artística á la obra y al autor. Sin el Sr. Catalina y la señora Díez, y sin el concurso del teatro francés, D. Eusebio Blasco no pasaria nunca de *La mujer de Ulises*.

No estamos al corriente de lo que pasa entre bastidores; pero creemos que no hay nada que justifique la ingratitud, ni aun méritos literarios más relevantes que los del Sr. Blasco. Por honra suya, deseáramos que el hecho no fuese cierto.

* *

Las obras pequeñas abundan: los autores ya *formados* parece que se han dedicado á competir con el plantel de los incipientes. En Variedades, Recreo, Salon Eslava y Martin, se han estrenado estos días piezas nuevas de poca importancia.

Ninguna ha hecho fiasco; pero más de una ha desaparecido casi inmediatamente de la escena.

De todos modos, es consolador que en medio de las ardientes luchas políticas porque atravesamos, haya tantos seres que rindan culto al arte con valor y constancia.

Hasta otro día.

El Marqués de San Eloy.

MODELO DE ESPEJO.

Hace algunos años, ostentábanse en los salones más elegantes de Francia los espejos y muebles dorados, armonizando con las alfombras y el papel de las habitaciones, que si bien era agradable y bello á primera vista, carecía de esa suprema distinción y severa elegancia que caracterizaba los salones de épocas pasadas. Hoy los dorados han decaído por completo, y renaciendo el buen gusto por la madera tallada, en la que vemos caprichosas labores que forman admirables obras maestras, son buscados con verdadero interés los muebles esculpidos, y los salones más aristocráticos se adornan con ellos, escogiendo al mismo tiempo bellísimas alfombras de terciopelo, portieres y colgaduras, que forman un conjunto verdaderamente aristocrático y distinguido.

Entre los modelos de más lujo y esplendidez, hemos escogido uno, que como muestra presentamos á nuestros lectores, seguros de que será de su agrado, pues nada más bello podría ostentarse en un espacioso salon, ni que se amolde mejor con la suntuosidad del resto del mueblaje.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

1.º Traje de novia.—Vestido de raso blanco, guarnecido con un volante de encaje y guirnalda de flor de azahar; túnica con un tableado, corpiño con aldetas guarnecidas con borlas y cortadas en picos; mangas mosquetero, con dos picos y dos borlas. Corpiño abierto y guarnecido con vueltas de encaje; corona de flores de azahar con caída; el cabello en tirabuzones; velo de tul.

2.º Traje para niña de ocho á doce años.—Falda de seda azul, volante de glase blanco. Túnica escotada, adornada con terciopelo azul; solapas de seda blanca en los costados, bordeadas formando pico, con terciopelo azul, así como el borde de la túnica.

Sombrero blanco adornado con terciopelo azul, y pluma blanca; botitas de satén azul.

3.º Vestido de seda gris perla, guarnecido con glase rosa de China.—Falda adornada con tres series de picos, el primero rosa, el segundo gris y el tercero rosa; corpiño y túnica bordados al pasado, y fleco color rosa; chaleco de glase blanco bordado al pasado; en las mangas y hombreras fleco; sombrero gris y rosa armonizando con el traje.

EXPLICACION DEL FIGURIN EN NEGRO.

1.º Vestido de cola, de gro negro, adornado con botones y *soutache* blanca; chaquetilla Luis XV de paño blanco, ajustada y con solapas, bolsillos y vueltas de terciopelo negro; un ancho encaje guarnece el escote y la manga; lazo de terciopelo negro en el cabello.

2.º Falda guarnecida con un ancho volante á la inglesa, cuya cabecilla forma conchas bordeadas con raso. Túnica redonda y lisa por delante, al borde una serie de conchas, detrás forma de puff.

Paletó de última novedad de paño azul; figura paletó semi-ajustado, abierto por detrás y á cada lado, y con pelerina bastante grande; el todo adornado con cinta negra, sombrero-toca de terciopelo negro, con pluma y caída de gasa.

EXPLICACION DE LOS TRAJES DE NIÑOS.

1.º Traje para niño de ocho á doce años.—Pantalon español, de paño azul, abotonado á un lado; botas de cabra; chaleco largo cerrado; chaqueta rusa abierta por delante, adornada con un biés de terciopelo negro, botones y pasamanería; vueltas de terciopelo en las mangas; toca de astrakan con el ala recogida por un lado.

2.º Vestido para niño de tres á seis años.—Pantalon bordado, blusa á la inglesa, abotonada á un lado; cinturón de charol, delantal de lienzo crudo, con manga corta y con dibujos de trencilla encarnada.

3.º Traje de niña de seis á nueve años.—Falda de listas grises y azules, un ancho biés la guarnece; la segunda falda de cachemir gris, tableada gradualmente por detrás, muy corta de los costados, redonda por delante; corpiño y mangas de codo, con adornos, vueltas y cinturón, como la primera falda.

4.º Vestido para niña de diez á doce años.—De popelina color marrón. La falda está adornada con ondas de trencilla negra. Segunda falda: redonda por delante, y recogida en los costados con dos lazos grandes; corpiño con largas aldetas postillon, guarnecidas con ondas de trencilla, lo mismo que las mangas y el cuello; sombrero de castor negro con cintas y plumas.

VARIEDADES.

MÁXIMAS.

I.

Las lágrimas vertidas en la ira abrasan y destruyen cual si fueran veneno.

Las lágrimas del bueno son el rocío suave que refresca el corazón.

II.

No socorras al afligido y necesitado con malos modales, porque en ese caso el beneficio pierde su valor.

III.

Huye del que te adule, porque es prueba de que no te quiere bien.

MADRID: 1871.—Imp. de Santos Larxé, Rio, 24.